

12º D. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 10,26-33.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus apóstoles:

-No tengáis miedo a los hombres porque nada hay cubierto que no llegue a descubrirse; nada hay escondido que no llegue a saberse.

Lo que os digo de noche decidlo en pleno día, y lo que os digo al oído pregonadlo desde la azotea.

No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. No; temed al que puede destruir con el fuego alma y cuerpo. ¿No se venden un par de gorriones por unos cuartos? y, sin embargo, ni uno sólo cae al suelo sin que lo disponga vuestro Padre. Pues vosotros hasta los cabellos de la cabeza tenéis contados. Por eso, no tengáis miedo, no hay comparación entre vosotros y los gorriones.

Si uno se pone de mi parte ante los hombres, yo también me pondré de su parte ante mi Padre del cielo. Y si uno me niega ante los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre del cielo.

CONFIAR EN DIOS

El «no tengáis miedo» que hoy hemos escuchado una y otra vez en el Evangelio, está encuadrado en el contexto de «la misión». Jesús acaba de decir a sus seguidores que «les perseguirán y les encarcelarán» por anunciar su Evangelio.

El miedo es un sentimiento que surge en las personas ante un estímulo que se interpreta como peligroso para su subsistencia. Su objeto es defendernos, bien sea huyendo o bien sea proporcionándonos la fuerza necesaria para enfrentarnos al peligro. Es, por tanto, algo natural y bueno.

Pero el ser humano puede ser también presa de otro miedo, un «miedo aprendido racionalmente», que le impide desplegar su humanidad, un miedo que, en lugar de defender, «aniquila». Se trata del «miedo a perder» cosas que, erróneamente, consideramos buenas para la vida; pero también, en sentido inverso, podríamos hablar del «miedo a no ser capaces de conseguir» muchos de los seductores anhelos mundanos. Este miedo racional es la consecuencia de «nuestros apegos egoístas».

Y esto es porque desconocemos cómo es nuestro verdadero ser, «nuestro verdadero yo». No sabemos, en verdad, cómo estamos hechos, cuál es la realidad en la que se fundamenta nuestra existencia. Desconocemos «nuestro manual de instrucciones» y, por tanto, desconocemos el camino de «nuestra felicidad». Y nos quedamos enganchados a ese «falso yo» que son nuestros apegos y nos apegamos a «quimeras inconsistentes».

Jesús con su Vida y con su Evangelio «nos ofrece» un manual de instrucciones para que nuestra vida sea «plena y fecunda». Y nos exhorta a no tener miedo. A no temer, incluso, a quienes pueden matar el cuerpo, pero sí a «temer todo aquello que pueda matar nuestra alma», todo aquello que pueda desviarnos de su camino, del camino de Dios.

Si Jesús nos invita a no tener miedo, no es porque nos prometa un camino de rosas o porque no nos pasará nada desagradable. Dios no es la garantía de que todo va a ir según nuestros deseos, sino «la seguridad de que Él estará ahí siempre a nuestro lado sosteniéndonos».

Es importante, pues, confiar en Dios. Y confiar en Dios es «tomar conciencia de que Dios es el fundamento de mi vida y que lo es por amor». Confiar en Dios es «aceptar la realidad que Él ha querido y tal como la ha querido». Confiar en Dios no es esperar su intervención para que rectifique su creación a instancias nuestras, sino «aceptar su voluntad con total docilidad», porque nada puede cambiar de su amor y compromiso con nosotros.

«Si de verdad creemos que Dios es creador», que en este momento Él está creándose, que está involucrado en mi existencia, la consecuencia sólo puede ser un «sentimiento de confianza en lo que soy y en lo que yo significo para Él». Me sentiré amado por Él y podré descubrir más fácilmente «cómo llevar adelante la misión» de discípulo de Jesús que me encomienda y que se concreta en «dar a conocer su Vida y su Evangelio».

Cumplir con la misión no es fácil pues con total seguridad tendremos «fracasos y dolor». A la vista está que hay personas que le rechazan y que incluso luchan contra su Evangelio y persiguen a quien lo anuncia. La «persecución» contra los cristianos, en unos casos larvada y en otros con total descaro, es hoy una realidad bastante extendida.

Pero como cristianos, cada uno de nosotros «estamos llamados a configurar nuestra vida con la de Cristo». Y si Cristo fue rechazado, abandonado, perseguido y asesinado, sus discípulos tenemos que estar preparados para lo mismo. Las dificultades y tribulaciones son parte de la evangelización, pero son a la vez «ocasión para asegurar la autenticidad de nuestra fe», una oportunidad para «crecer en la confianza en Dios», que no abandona a sus hijos en medio de la tormenta.

En el Evangelio se nos dice: ¿Acaso no se venden un par de gorriones por unas monedas? Sin embargo, ni uno solo de ellos cae en tierra, sin el consentimiento del Padre que está en el cielo. Pues en vosotros hasta los cabellos de vuestras cabezas están contados. No tengáis, pues, miedo, porque «valéis mucho más que los gorriones».



«Dios nunca se deja ganar en generosidad». Como «buen Padre», nos protege y nos concede toda clase de bienes, aun aquellos que no nos atrevemos a pedir. Pero como «buen Maestro», también nos educa y nos enseña a «vivir confiando en Él». Si la confianza es algo elemental en cualquier relación humana, cuánta más confianza deberíamos tener en Dios. Él sólo nos pide «corresponder a su amor».

Y termina el Evangelio: «Si uno se pone de mi parte ante los hombres, yo también me pondré de su parte ante mi Padre del cielo». Sólo una es la condición: «reconocerle abiertamente ante los hombres». Una condición que no es fácil porque es preciso «renunciar» a nuestros

apegos egoístas y «superar» el qué dirán y el querer quedar bien con los demás.

La manera de reconocerle ante los hombres y así no ser negados por Cristo ante el Padre, es «dar testimonio de vida» tratando de imitar la vida de Jesús y llevar a cabo cosas tan simples como «celebrar la Eucaristía», «confesarse» o «rezar». Y, llegado el caso, «defender ante los hombres la fe y la moral cristiana». Ello será nuestra garantía de felicidad «hoy y en el día final». ¡Que así sea!